Tres meses en la historia de la Iglesia

Luka Brajnovic

Los setenta y un días transcurridos entre la muerte del Papa Pablo VI y la elección del actual Pontífice Juan Pablo II representan un cortísimo pero muy emocionante período de la vida contemporánea de la Iglesia, período lleno de un profundo dolor y de una ilusionada alegría. Aunque el octogenario y físicamente agotado Pablo VI anunció en varias ocasiones su próxima muerte que sentía llegar, su despedida con este mundo y tiempo se produjo tan imprevista como serena y sencilla. Pocas horas antes había asistido, desde su lecho, a la Santa Misa, durante la cual le sobrevino un ataque cardíaco. El mismo pidió se le administraran los últimos sacramentos invitando a las pocas personas que se encontraban en su habitación de Castelgandolfo que siguiesen rezando. A las 9,30 de la noche del día 6 de agosto de 1978 había fallecido el gran Papa Pablo VI.

Sería más que presuntuoso siquiera intentar en una simple crónica como esta esbozar la figura de este Pontífice que con su magisterio, peregrinaciones y estilo de gobierno llenó una parte especialmente significativa de la contemporaneidad de la Iglesia. Tampoco se le puede comparar con sus antecesores o sucesores, ya que su figura corresponde a un tiempo concreto, el suyo, y a unas circunstancias incomparables, las de los quince años de su pontificado, especialmente dinámico y difícil. En todos los Vicarios de Cristo el Espíritu Santo es reconocible y, sin embargo, cada uno de ellos, en su momento histórico, era distinto de los demás. El tiempo confirmará —como ha confirmado en casos anteriores— que estas «diferencias» fueron siempre modos concretos de opciones indudables de mantener intacta la doctrina evangélica y la tradición cristiana. Nunca eran opciones en pro de unos sistemas o unas ideologías, sino en pro del más auténtico magisterio dirigido a todo el mundo y en

todos los tiempos. En toda su actividad Pablo VI fue conducido por la verdad y fue motivado por la caridad. Precisamente en ello se encuentra lo excepcional de la autoridad espiritual del Papa en todos los campos de la vida pública del mundo, puesto que no hereda nada del mundo sino que actúa con la plenitud de la libertad del amor divino. Por ello el Papa Pablo VI llevó a cabo un gran combate por el hombre, por su dignidad y libertad, por su salvación. En este esfuerzo no se paró ante ninguna frontera, porque le interesaban tan solo los hombres redimidos, sin hacer caso a los sistemas sociales, a las condiciones económicas o a las áreas culturales en los que estos hombres vivían y viven. La caridad le obligaba dirigirse a todos, despertar la conciencia de todos que eran y son responsables del bien de los demás.

Era lógico que alrededor del féretro de Pablo VI, féretro sencillo y puesto en el suelo de la Plaza de San Pedro de Roma, se reunieran los obispos de todo el mundo, los representantes de trece confesiones no católicas, las delegaciones de un considerable número de Estados y una incalculable multitud de fieles. El mismo día de su fallecimiento el Papa había recordado que «la muerte de un Pontífice puede enseñar algo a los hombres». Su muerte había enseñado mucho. Tanto su desaparición como el duelo grandioso por su sencillez y participación de todos los estamentos de la Iglesia ha hecho resplandecer su figura sufriente y su doctrina teológica y moral indicada en sus encíclicas y en los documentos del Concilio Vaticano II, legados a sus sucesores para que los desarrollen y completen. En las Grutas vaticanas —después de la Misa de Requiem— fue enterrado «en la tierra verdadera», como él mismo se expresó en su testamento, bajo una simple losa de mármol en la que se lee: «Paulus, P.P. VI».

Me atrevo a decir que el período de Sede vacante, tras la muerte del Papa Montini, era de una espontánea invitación dirigida a todo el mundo católico hacia una profunda meditación. Porque había momentos en los que fue, a veces, difícil reconocer si las diversas corrientes en el seno de la Iglesia querían salvar el mundo mediante la verdad evangélica o se querían «salvar» a sí mismas del escándalo de la Cruz. Cuando ciertas partes del mundo contemporáneo aceptaban estas corrientes como suyas propias o, simplemente, como admisibles, se demostraba con frecuencia que esta aceptación no era más que un deseo de que la Iglesia dejase de ser de Cristo. La mayor paradoja es que este deseo no pudo ser inventado por el hombre. Hasta los propios autores de esta absurda suposición y esperanza no han podido creer en su fantasía por más que se esforzaban en justificarla. Por ello la espera de la elección del suce-

sor de Pablo VI se había hecho larga. Pero, en realidad, exceptuando el Cónclave que proclamó Pontífice de la Iglesia Católica a Pío XII, el del 26 de agosto fue el más corto en los dos últimos siglos. Se había producido un verdadero milagro. Lo que se suponía un Cónclave largo y discutido necesitó tres o cuatro votaciones para que los 111 cardenales reunidos percibiesen con evidencia el soplo del Espíritu Santo. Era inmensa la alegría cuando el cardenal decano del orden de los diáconos anunció desde la logia central de la basílica romana a la multitud congregada en la Plaza y al mundo entero que el arzobispo de Venecia, Albino Luciani, había sido elegido como el 263 sucesor de San Pedro, con el nombre de Juan Pablo I.

Desde el primer momento el nuevo Papa conquistó los corazones del pueblo de Dios, no sólo con su sonrisa, en la que se reflejaba la bondad y la alegría de un hombre justo, sino también con su palabra. Como si hubiese sido el último momento de que se manifestara la verdadera fuerza y unidad de la Iglesia en vez de las categorías de la «izquierda» y la «derecha», de los intentos intelectualistas de sobreponer la razón a la fe y de flirteos con las nuevas «filosofías» y con las petrificadas sociologías. Juan Pablo I fue ante todo el Pastor. Su sencilla y atrayente valentía, unida a la sabiduría de un hombre de Dios, era suficiente para que hablara al mundo de un modo sencillo, comunicable y eficaz. Sus primeras homilías —a los cardenales en la Capilla Sixtina y a los fieles y representaciones oficiales en su primer pontifical papal tras recibir el palio como signo de su primado— marcaban su carácter pastoral y apostólico. Inmediatamente comenzó con una gran actividad doctrinal y con la catequesis, clara para los niños y profunda para los mayores. El cardenal Thiandoum, de Senegal, no pudo esconder su emoción y dijo refiriéndose a esta actividad del Papa Luciani: «Cuando un Papa habla, como Jesús, de modo que le entienden los niños es que le necesitábamos llegar».

Pero de repente fue interrumpida esta gran actividad. La noticia de la repentina muerte de Juan Pablo I sorprendió dolorosamente no sólo al mundo católico, sino a toda la humanidad digna de este nombre. Con su muerte se apagó una gran sonrisa que llenaba de confianza, alegría y seguridad a toda la cristiandad. Se esperaba de su pontificado, tan humanamente amable y familiar como espiritualmente recto y sublime, una larga vida pastoral y doctrinal. Pero la muerte llegó prematuramente en la noche del 28 al 29 de septiembre. Los treinta y tres días del Papa Juan Pablo I no han dejado ningún documento solemne de gran alcance, pero han definido clara y profundamente su pontificado. Tanto su personalidad como lo que proclamó antes y después de haber sido elegido cabeza visible de la

Iglesia han dejado una honda huella en la vida de nuestro tiempo. Durante su cortísimo reinado su magisterio ha sido santamente justo y humilde, enormemente importante y totalmente imborrable para la orientación y enseñanza cristianas.

El Papa Juan Pablo I tuvo oportunidad de ofrecer sólo cuatro audiencias generales (una por cada semana) a los que acudían a Roma para verle, escucharle y recibir su bendición. Es muy característico el temario de estas audiencias. En la primera habló de la humildad, en la segunda de la fe, en la tercera de la esperanza y en la cuarta de la caridad. En la primera insistió, con la sencillez y claridad que le caracterizaban, en la virtud básica e imprescindible para conocer la condición humana y desarrollar la verdadera vida cristiana, llamada a la santidad. En las tres restantes —tras esta primera introducción— penetró en la magnificencia de las virtudes teologales. La muerte no le permitió seguir esta catequesis, aunque sus alocuciones, sus citas con los fieles para rezar —como lo hacían los predecesores— el Angelus y sus encuentros con los sacerdotes, personalidades y periodistas perfilaban, sin lugar a dudas, no sólo lo que se llamará, probablemente, el estilo del Papa Luciani, sino también su pensamiento de Pastor y Maestro, expresado con gran sencillez y ahondado con mucha mayor profundidad. Los que no quieren entender la misión de la Iglesia dirán —¡algunos ya lo habían dicho!— que este Papa figurará en la Historia como un Papa «desconocido». Y sin embargo, tan sólo sus treinta y tres días han demostrado que era un Papa que desde el primer momento entró en los corazones de los hombres de buena voluntad como quien fue esperado y conocido desde siempre. Esto lo demostró la consternación general que ha provocado su fallecimiento y las interminables columnas (unas 750 mil personas) que desfilaron ante un sencillo catafalco en el que se encontraba el cuerpo inerte del Pontífice.

Al Papa Juan Pablo I le bastó muy poco tiempo para resaltar la disciplina eclesial, la misión básica de la familia cristiana, la indisolubilidad del matrimonio, el horror infanticida del aborto provocado, la justicia social evangelizada, la importancia de la oración y otros temas tan necesarios de tratar. Todo ello, junto a su primera alocución dirigida al Colegio cardenalicio, define perfectamente el pontificado del Papa Juan Pablo I cuya intención primordial era «impulsar la evangelización como la tarea principal del catolicismo, proseguir el esfuerzo ecuménico y continuar firmemente el diálogo sereno y constructivo con el mundo». Pero la muerte trucó su vida terrena, apagó su gran sonrisa, robó su simpatía humana. No obstante, la esperanza quedó aún más viva y evidente, aunque —como dijo el cardenal Confalonieri en su homilía en la Misa fúnebre del día 4 de

octubre— «nadie podía pensar que a menos de dos meses del rito fúnebre por el Papa Pablo VI nos habríamos de reunir hoy aquí para dar el último saludo a su sucesor».

Once días después se inició el VIII Cónclave de nuestro siglo. La impaciencia de los congregados en la Plaza de San Pedro para esperar la «fumata» blanca no coincidía con los llamados «pronósticos» periodísticos que anunciaban un Cónclave largo y prolongado. Pero esta vez la sorpresa fue inmensa para todos los que la actuación del Espíritu Santo —reducida a la medida de los medios humanos— la confiaban a las computadoras electrónicas, sondeos de la supuesta opinión pública y resultados de las estadísticas. Para un cristiano no había sorpresas, sino alegría y confianza anticipadas. Cuando al anochecer del día 16 de octubre salió la «fumata» blanca anunciando que ya estaba elegido el nuevo Papa de la Iglesia Católica, ningún creyente se detuvo para esperar a conocer su nombre y su origen. Era suficiente ver —por la televisión o en el lugar del suceso— la explosión de alegría y aplausos que dominaron la Plaza casi una hora antes de conocerse la identidad personal y el nombre del sucesor del inolvidable Juan Pablo I. Y fue así, porque lo más importante para un católico es aquello de «Habemus Papam». Lo de ser un italiano o un polaco es menos importante, aunque no quiere decir que carezca de significado el que al Papa de la sonrisa que —en las palabras de un cardenal— entonó la maravillosa antifona de sencillez, alegría y seguridad doctrinal, suceda un Papa que llegó a Roma «de un país lejano, lejano, pero siempre muy vecino por la comunidad en la fe y en la tradición cristiana», como lo destacó en sus primeras palabras el nuevo Pontífice elegido aquella cálida tarde de otoño. Tampoco carece de importancia que el Cardenal Karol Wojtyla de Cracovia —el Papa Juan Pablo II— hubiera conducido hasta entonces, junto con el legendario Cardenal Stefan Wiszynski y el restante episcopado polaco, el pueblo de Dios de Polonia por los caminos seguros de la salvación «en la confianza en nuestro Señor y en la confianza en su Santísima Madre María». No carece de importancia, porque Polonia actualmente pertenece a lo que se suele llamar la Europa del Este, donde hace falta tener una profunda fe, un admirable valor y una gran seguridad doctrinal para poder conservar, aumentar y manifestar su fidelidad a la Iglesia de Cristo.

No es exagerado decir que Polonia —pese a su régimen antipopular —es actualmente uno de los países más católicos del mundo. Hay que reconocer que para la inmensa mayoría de los polacos la religión y la nación son dos nociones y dos realidades casi inseparables. Nacer polaco todavía quiere decir católico. El catolicismo

impregnó la naturaleza polaca desde hace un milenio, hecho que fue demostrado constantemente desde entonces, a lo largo de toda su historia. El polaco ni como individuo ni como pueblo tiene otras fuentes de su ser, de su cultura y civilización, de sus tradiciones, que las que manan de su religiosidad. Esta es la primera razón por la que la Iglesia en Polonia no sólo y simplemente vive, sino que actúa, atrae y sigue conquistando a pesar de todos los obstáculos, injusticias, humillaciones y persecuciones implantadas por el régimen.

No obstante, había muy poca gente fuera del Cónclave y, también, fuera de Polonia que sabían quién era el Cardenal Wojtyla, nacido en Wadowice el día 18 de mayo de 1920, ordenado sacerdote en 1946, consagrado obispo en 1958, nombrado arzobispo de Cracovia en 1964 y elevado a la dignidad cardenalicia en 1967. Sin embargo, Karol Wojtyla se destacó con sus intervenciones en las sesiones del Concilio Vaticano II y en los sínodos de los obispos sobre todo referentes a la libertad religiosa, a la catequesis y al deber de los Estados de reconocer los derechos de la Iglesia y de los cristianos. Estudió Teología en Polonia y en Roma y se destacó como experto en la filosofía contemporánea. Era autor de varios libros y muchos artículos en los que defendía especialmente la dignidad de la persona humana, la indisolubilidad del matrimonio y el derecho de nacer, el derecho a la vida. Durante la ocupación estudió y trabajó como obrero y su primera labor apostólica destacada la desarrolló entre los estudiantes. Durante varios años fue miembro y consejero en diversos departamentos de la Curia Romana y en una ocasión dio al Papa Pablo VI y a sus más íntimos colaboradores un curso del retiro espiritual. Es un hombre que supo custodiar siempre la pureza de la doctrina y, al mismo tiempo, comprender el mundo y al hombre contemporáneo que más que nada necesita, precisamente, lo que él enseñaba y defendía. Si debiera sintetizar en pocas palabras la personalidad del Papa Juan Pablo II —cuyo nombre recordará a sus predecesores— diría que en ningún momento de su vida se perdía y acomplejaba en la tímida búsqueda de la contemporaneidad, profundamente convencido en la Verdad divina que sin cesar defendía con valentía y fervor ante cualquier circunstancia contraria. Fue y sigue siendo el Buen Pastor con una enorme experiencia en el apostolado y en el testimonio de la fe.

Desde que pronunció sus primeras palabras como Papa —saludando a los fieles del mundo entero con un «Alabado sea Jesucristo»— su figura y su enseñanza se hizo familiar y siempre esperada con mayor interés y amor. E inspiró una saludable seguridad cuando al iniciar oficialmente su pontificado el día 22 de octubre dijo en su homilía con una voz firme, sonora y fuerte: «Hermanos y her-

manas, ¡no tengáis miedo! Abrid de par en par las puertas a Cristo. Os lo suplico, os imploro con humildad y confianza: dejad a Cristo que hable al hombre. A su potestad salvadora abrid los confines de los Estados; los amplios campos de la cultura, de la civilización, del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo sabe lo que hay dentro del hombre. ¡Sólo El lo sabe!». Con estas palabras ha comenzado toda una era de la recristianización del mundo.